



Título: El Café de Canterville 2 El Lutier de las Hadas
2018, Primera edición

Autor: Minerva Gallofré

Ilustraciones y diseño: Diego A. Bartolomé

Banda sonora: Daniel García Bardo

Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos

© Minerva Gallofré

© Diego A. Bartolomé

© Daniel García Bardo

© Editorial Tres Inviernos

ISBN: 978-84-948817-9-4

Depósito Legal: M-31203-2018

Impreso en España

www.editorialtresinviernos.com

Contacto: hola@editorialtresinviernos.com

Todos los derechos reservados

*Colección
Pulp-Winter*



El CAFÉ de CANTERVILLE

presenta...

El Lutier de las Hadas

por

Minerva Gallofré



TRES INVIERNOS

Descárgate gratis el tema musical de esta historia:



Enlace:

editorialtresinviernos.com/es/audios/el_lutier_de_las_hadas



Para Marco Navas:
el Miniaturista.

—El lutier de las hadas abre su taller con el vuelo del último murciélago y lo cierra con el graznido del primer cuervo del crepúsculo. Quizás por eso no le ha abierto la puerta —le explicó Margaret al señor McCarthy, el nuevo cartero del barrio, mientras rascaba, con una bayeta húmeda, un par de gotas reseca de licor de avellana—. Es el último primogénito de una vieja troupe, y como todo primogénito de aquella curiosa familia, nació mudo. Mudo como la madera de picea. Mudo como el hollín. Más mudo que un plato vacío.

Margaret se interrumpió un instante para preguntarle a su cliente, con un movimiento de cabeza, qué quería tomar.

—Café solo, por favor, en una taza grande. Y que arda, si es posible.

Cualquiera habría intimidado con las mismas llamas del infierno en una tarde de nieve semejante. Las últimas caricias del otoño habían esmaltado las calles con el llanto blanco de una tormenta, gélida en demasía, fría como los dedos de una plañidera aterrida que llora sobre una lápida aún caliente.

Encima de la barra de El Café de Canterville, un paquete envuelto en papel de estraza, de peso ligero y no más largo que el atizador de la chimenea, aguardaba el momento de llegar a su destino tras un primer intento fallido. En la etiqueta se leía:

« Destinatario:
Taller de Lutería Wembley
Sacred Word Street, 22, bajo».

Nada más.

—Pues vea usted... ¿Qué hago yo ahora con esto? —protestó el cartero—. Si no se lo entrego hoy, tendré que devolverlo a la oficina, y no hay nadie que se haga responsable. La gente es tan informal... Mire que no poner remitente...

—¿Quiere dejarlo aquí? —sugirió Margaret—. Váyase tranquilo, yo se lo acerco después al taller.

—¿Al señor Wembley? ¿Lo conoce usted?

Margaret asintió con un deje lánguido, perdiendo su mirada en el otro ex-

tremo de la calle, más allá de los cristales untados en vaho y grasa añeja.

—Sí, hace tiempo que lo conozco. Aunque, por aquí, todos lo llamamos el Lutier de las Hadas.

El señor McCarthy pensó que era una broma, que Margaret iba a reírse del mudo ese, quien quiera que fuese. Pero la camarera de El Café de Canterville no se rio y, por tanto, para no faltar a su buena educación durante su primera semana de trabajo en aquel pueblo, él tampoco. Era un lugar extraño. Al aire de las calles e incluso al burbujeo de los chorros de las fuentes se los tragaba un silencio mullido, de terciopelo, aunque el traqueteo de los carros y el trote de los caballos se articulaba

en una melodía murmurante, armónica y sutil como los engranajes de una cajita de música.

Margaret, dando la espalda al cartero, obró su propio embrujo cerniéndose sobre el fuego. Fundió a este con el agua, y al agua con el polvo de la tierra que es el café molido. Despertó a los aromas ancestrales, venerables vientos perfumados con espíritu de sabio. Prendió en todos el milagro de una alquimia con sabores de cortezas, de semillas, de raíces retorcidas, duras, muy profundas, y amansó luego los ruidos de la cafetera con la templanza de sus dedos curtidos, quemados muchas veces. El café, negro y solo, definiendo la línea del horizonte que separaba a

la porcelana de sus posos, fulguró dentro de la taza como la pupila atenta de un único ojo por donde miraban muchos maestros ya enterrados. Margaret también los veía a ellos. En lo más hondo reposaba una huella severa y amaderada que nadaba entre brotes dulces, efímeros, frágiles como libélulas. Beberlo, decía Margaret, devolvía la cordura y la sensatez, ataba los pies al suelo si uno se volaba en tardes como esta en la que transcurre nuestra historia. Cuando le puso la taza delante al señor McCarthy, aquel respiró por la boca y, sin darse cuenta, se tragó su magia.

—Su madre siempre dijo que no era mudo, solo que no hacía sonar las palabras en su boca. ¿Acaso perdía aire,

como una vieja gaita? Hablar, conversar, mascullar, susurrar, farfullar... De niño aprendió todo eso, solo que con los labios prensados, enarcando sus cejas, difuminando el brillo de sus ojos. ¡Esos ojos...! Casi se dibujaban sus pensamientos en el fondo lechoso de sus córneas, en el pozo hondo de sus pupilas. Imagínelos del color que más le guste. Así los tiene.

El cartero se quedó contrariado. Al fin y al cabo, un color siempre era un color, ¿no? Además, le irritaba el romanticismo con que Margaret envolvía su relato al hablar de ese niño mudo. Le fastidiaba.

—Cualquiera se habría imaginado a un crío haciendo fuerza con la gar-

ganta —continuó ella, como si hubiera intuido lo que pensaba—, emitiendo ruidos guturales, como toda bestia emite su propio sonido característico, la versión más primitiva de la voz humana. Nada de esto. El niño hacía brotar silencio por donde pisaba, y tanto era así que la mudez acolchaba incluso el eco de sus pasos. Tenía sanos el paladar, la lengua y las cuerdas vocales, y entera la mollera. Un niño inteligente, más que eso, brillante... salvo porque había salido a su tío, el lutier de la anterior generación, el penúltimo primogénito. Otro mudo con ojos de duende, con alma de ciprés, tocado por las hadas. Entonces el niño creció, pero no aprendió el oficio de lutier. Se podría

decir que fue el oficio el que manó de él. Lo llevaba grabado a fuego en cada centímetro de su piel y en cada gota de su sangre. Un fuego que se prendió hace muchas generaciones... ¿Cree usted en las leyendas?

Margaret se apoyó en la barra con los codos, frente al señor McCarthy, y sonrió. Le gustaba ver la cara que ponían los clientes cuando sorbían, por vez primera, su maravilloso café. No se decepcionó: el cartero, por un instante, pareció despegarse del tránsito normal del tiempo para quedarse atrapado en alguna sensación, o en algún recuerdo, muy viejo, que se había secado en el desván de su memoria y al que, ahora, el calor del café hacía fluir de nuevo.